

¿Personalismo hoy? ¡Sí, gracias!

Por P. NARCISO DE LA IGLESIA RODRÍGUEZ, sdb

Frente al existencialismo acentúa la dimensión comunitaria y trascendente del hombre. Asume los valores de libertad, acción, individualidad,... y cree en la esperanza y en la trascendencia frente a la angustia vital y al pesimismo.

El hombre personalista está llamado a construir una sociedad donde cada uno sea respetuoso con la persona. Para construir comunidades “a la medida de la persona”, el hombre necesita comunicarse con otros hombres. Aquí se descubre a Dios como suprema comunicación. Sólo quien vive la verdadera comunicación con los demás, trascendiéndose a sí mismo, puede creer de verdad en Dios.

La pretensión de Emmanuel Mounier, padre del personalismo, con su Manifiesto al servicio del personalismo era clara: ir más allá del fascismo, del comunismo y del mundo burgués decadente. Tengamos en cuenta que lo hace público en 1938; es decir, cuando en el mundo primaban las ideologías sistémicas que en lo político se consolidaban como bandos contrarios e irreconciliables.

Y yo ahora, apenas iniciado el tercer milenio, me asomo a la ventana del mundo que me rodea y al que veo a través de los medios de comunicación y contemplo que tanto lejos como cerca de mi casa hay muchas posturas encontradas, muchas heridas abiertas y muchas cicatrices mal cerradas causadas por el de enfrente. Y gente que tiene paralizada la mente y se empeña con sus ideas particulares, queriendo imponerlas como verdad absoluta, sin respetar el libre pensar y sentir de cada persona; gente que falsea el pensamiento filosófico según sus intereses y así lo enseña a los demás, para procurar ventajas; gente que no acaba de ver en el prójimo a un hermano con el que caminar juntos, haciendo historia que ambos quieran hacer desde el respeto más hondo a sus creencias.

Por eso, en unas sociedades tan divididas y, al mismo tiempo, en un mundo tan globalizado, es necesario tener como maestros a pensadores tan humanos y humanizantes como Mounier, Maritain, Paul Ricoeur, Emmanuel Lévinas, Buber, Zubiri, Edith Stein, Karol Wojtyła... para abrir horizontes que nos ayuden a poner la esperanza en lo mejor que anida en el corazón del hombre y de donde brotan sus derechos fundamentales como seres humanos, que deben ser respetados con irrestricta escrupulosidad.

La noción de persona ha sido objeto de profundización gracias al Magisterio de Juan Pablo II, de feliz memoria. El pontífice ha distinguido siempre a la persona del individuo cuando la define como un sujeto que merece ser afirmado por sí mismo. La persona es un ser irreductible a otros, no es un mero caso singular de una especie animal particularmente evolucionada. La persona es un tipo de realidad sui generis. La persona, a través de su libertad, se revela como un ser capaz de ponerse a sí mismo los fines de su acción, es decir, la persona al autodeterminarse se manifiesta como fin y no como medio. Justamente su condición de fin es la que permite entender que la persona es “digna”, es decir, posee un valor absoluto incuestionable. Ese imperativo moral ya había sido descubierto por Karol Wojtyła al leer críticamente la filosofía moral kantiana en sus años como profesor universitario. Él la denominaba la norma personalista de la acción. Es así como en la encíclica Veritatis Splendor sostiene que:

Es la luz de la dignidad de la persona humana –que debe afirmarse por sí misma– como la razón descubre el valor moral específico de algunos bienes a los que la persona se siente naturalmente inclinada. Y desde el momento en que la persona humana no puede reducirse a una libertad que se autoproyecta, sino que comporta una determinada estructura espiritual y corpórea, la exigencia moral originaria de amar y respetar a la persona como fin y nunca como un simple medio, implica también, intrínsecamente, el respeto de algunos bienes fundamentales, sin el cual se caería en el relativismo y en el arbitrio”.

El Personalismo tiene como objetivos afirmar el valor absoluto de la persona, poner a cada hombre y mujer en situación de poder vivir como personas y lograr un giro social personalista, comunitario y espiritual.

No nos cansaremos de señalar que decir que la persona es fin y no medio, que es alguien y no algo, que se descubre en su verdadero yo cuando entra en relación con el tú e interactúa en el nosotros, nos permite volver a colocarla en el centro de la vida social, de las instituciones, de la política, del mercado; permite acercarnos a ella tal cual es, en su dignidad y sus derechos inalienables.

Quien así lo vea, y esté convencido de ello, no se dejará dominar por el deseo de poder ni por la ambición de dominar al otro. Tampoco caerá en la tentación de organizar la sociedad según su capricho o los intereses del más fuerte. Por el

contrario, todos aunarán por una sociedad justa, en paz y progreso, poniendo la dignidad de la persona como centro y meta de todo quehacer.

El camino sigue estando, para decirlo con palabras que todos puedan entender por la claridad con que se expresan, en esos cinco puntos que Mounier esbozó, a manera de recetario, y que se hacen necesarios para poder llegar a desarrollar una sociedad personalista y comunitaria: 1- Salir de sí mismo, esto es, luchar contra el “amor propio”, que hoy denominamos egocentrismo, individualismo. 2- Comprender, situarse en el punto de vista del otro, cual empatía; no buscar en el otro a un mismo, ni verlo como algo genérico, sino acoger al otro en su diferencia. 3- Tomar sobre sí mismo, asumir, en el sentido de no sólo compadecer, sino de sufrir con el dolor, el destino, la pena, la alegría y la labor de los otros. 4- Dar, sin reivindicarse y sin lucha a muerte con el destino, pues una sociedad personalista se base en la donación y el desinterés. De ahí el valor liberador del perdón. 5- Ser fiel, considerando la vida como una aventura creadora, que exige fidelidad a la propia persona.

...el personalismo sigue siendo una propuesta filosófica eminentemente práctica, volcada a la solución de los problemas reales del hombre, justamente porque sigue insistiendo en la persona como fundamento de todo humanismo.

Toda la filosofía personalista tiene como objetivo mostrar que la inmanencia exige la alteridad, y de ahí el amor y el respeto mutuos. Si es verdadera inmanencia: “nos descubrimos a nosotros mismos al acoger a otro distinto que nosotros. La mutua aceptación alcanza su madurez solamente cuando el amor y el respeto al otro se dirige no ya a lo que el otro logra suscitar en mí, sino a lo que él es en sí mismo, donde el otro es amado y aceptado no tanto por las cualidades que tiene y que puede perder, o que otros pueden poseer en igual o en más eminente grado, sino por el misterio que es y por el destino de plenitud de ser y el de bien hacia el cual se es atraído al mismo tiempo que él. Entonces ambos se sienten llamados a construir una sociedad desde el respeto mutuo, la tolerancia y la aceptación de sus puntos de vista. Comenzarán a mirar juntos en la misma dirección. Desde esta dimensión, el personalismo se convierte en promotor y defensor de la libertad.”

La afirmación mounieriana de que el personalismo “supone un esfuerzo total para comprender y superar el panorama de la crisis del hombre del siglo XX”, medio siglo después se ha convertido en profética. Sobre todo, al día de hoy, el personalismo sigue siendo una propuesta filosófica eminentemente práctica, volcada a la solución de los problemas reales del hombre, justamente porque sigue insistiendo en la persona como fundamento de todo humanismo.

Julián Marías afirmaba que el mundo “ha dependido de una idea capital, que ha mantenido su continuidad: la de persona”. Y, por ello, si quiere proyectarse en el futuro con garantías, no puede ser des-personalizado: “El mundo actual está casi reducido a cosas, el hombre de nuestro tiempo sepultado en ellas. ¿Es esto soportable? Más aún, ¿es posible? Tal vez el hombre no se resigna a dimitir de su condición personal. Cuando está a punto de hacerlo, en virtud de solicitudes que lo halagan o lo amenazan, siento un punto de alarma. Es muy probable que la dimensión religiosa sea la única que mantenga viva, para la mayoría de los hombres, la conciencia de que no es una mera cosa, ni siquiera un organismo, sino esa realidad paradójica, difícil de comprender y sin embargo patente, manifiesta, lo único verdaderamente inteligible”.

De ahí que, para salvar al hombre, no podemos prescindir de la reflexión y defensa del personalismo como filosofía y como acción social.

Solamente los vendedores de marcas que dominan el mercado de consumo ignorarán la persona para exaltar el anonimato bajo capa de originalidad; solamente los tiranos que esclavizan a los otros por la fuerza intentarán hacerle frente con reflexiones sin contenido con el objetivo de oscurecer y confundir la fuerza del ser persona. Solamente los débiles serán incapaces de reconocerse como persona y no arriesgarán nada ya que se sentirán marionetas en manos del listo de turno, y tendrán miedo de exigir sus derechos.

Y ante ciertas objeciones que se hacen al personalismo, es preciso admitir que hay gentes que son “ciegas” a la persona, como otras son ciegas a la pintura o sordas a la música, con la diferencia de que estos son ciegos responsables, en cierto modo, de su ceguera: la vida personal es, en efecto, una conquista ofrecida a todos, y una experiencia privilegiada, al menos por encima de cierto nivel de miseria.

1. Especialista sobre Mounier y autor de decenas de libros sobre su obra. Es profesor de Fenomenología de la Religión en la Universidad Complutense de Madrid.

P. NARCISO DE LA IGLESIA RODRÍGUEZ,sdb. Licenciado en Teología y Filosofía. Cura párroco de San Juan Bosco.